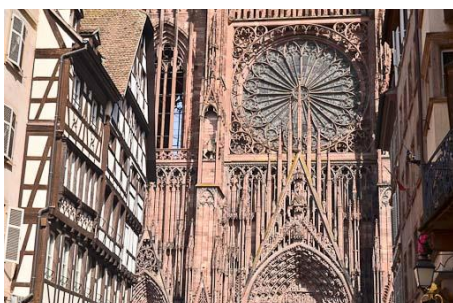




ALSACIA

Una experiencia plena de vida emocional

Un viaje de Ion Ibáñez



Indice

1 – La carretera de la cresta de los Vosgos recorriendo: lac blanc y noire. Las montañas de: Gazon du Faing, Hohneck, Le Markestein, Le Grand Ballon. Las heridas de la guerra en Vieil Armand. En “Le Massif du Ballon D’Alsace”: Masevaux, la vallée de la Doller y la cumbre Ballon D’Alsace. Visitando Thann, la puerta sur de los viñedos de Alsacia.

2 – Recorriendo la ruta del vino: La abadía de Murbach. Las bellas y serenas aldeas de Soultzmatt, Westhalten, Rouffach y Guebenschwihr. Los Castillos de Husseren. Las magníficas Eguisheim, y Turckheim.

3 – La excelencia de Colmar. Las tranquilas Soultzbach les Bains y Niedermorschwihr. La regia Kayzersberg. Las apacibles kintzheim, Béblenheim. La perfecta Riquewihr. Las pequeñas y hermosas Zellenberg y Hunawihr.

4 – La célèbre Ribeauvillé. El inquietante Château de St-Ulrich y Girsberg. La amurallada Bergheim. Paseando entre los viñedos de St-Hippolyte y Kintzheim. El imperial Castillo de Haut-koenigsbourg. La engalanada Scherwiller.

5- La florida Itterswiller. El hallazgo de Dambach la Ville. La singularidad de Mittelbergheim. La medieval Andlau. Le Mont Ste-Odile, la montaña sagrada de Alsacia. La alegre y bulliciosa Obernai.

6- La serena Boersch. Las altas torres de Rosheim. La tarde calurosa en Molsheim. Fin de la ruta del vino en Balbronn. Strasbourg, un pueblo rodeado de una bulliciosa ciudad. Ruta por los Vosgos del Norte: Una nueva arquitectura del norte en Weyerghheim.

7 – Por los pueblos blancos, grandes mansiones y magnifico urbanismo de: Betschodof, Hoffeen, Hunspach y Seebach. En la preciosa Wissembourg, me adentro en los Vosgos del Norte.

8 –En el Macizo “des Vosgues” visitando Cleebourg y Lembach. El fuerte “Four à Chaux de la línea Maginot. El arcano “Château de Fleckenstein” y el circuito boscoso “des Quatre Châteaux”. La solitaria Obersteinbach y la arquitectura de Vauvan en la ciudadela de Bitche.

9- Las fantasías arquitectónicas del Château de Falkenstein, el Château Vieux Windstein y el Château Nouveau Windstein. Las ultimas ciudades policromas de Oberbronn, Bouxwiller y Neuwiller lès Saverne. Y el fin del viaje en La Petite Pierre.



El recuerdo de aquellos días era mágico y dorado. Recorriendo los Vosgos lo que se desplegaba a mi mirada no era una tierra, sino un jardín. Un jardín inundado por un soplo cálido y perfumado de los aromas silvestres de bosques de hayas, abetos, robles y prados. Una atalaya privilegiada de colinas que bajan suavemente, llenas de

viñedos punteados de pueblecitos, hasta encontrarse con el Rhin. Lagos de montaña, fáciles cimas, castillos y caminatas con vistas excepcionales. Y paisajes de ensueño inesperados. Conducir hilvanando pueblos que parecían sacados de un cuento, de fachadas entramadas multicolores, tejados inclinados, jardines, flores, fuentes, colinas boscosas y frondosos viñedos. Allí todo bullía, se solapaba, no había límites, cada día era un nuevo descubrimiento, cada día era de una



belleza impresionante, siempre sumergido en una atmosfera mágica y romántica. Días veraniegos animados y sin preocupaciones. Era la dulzura de la vida. Gradualmente fui teniendo la impresión de que la autocaravana no me conducía hacia adelante, sino hacia atrás, y me iba sacando de mi vida y época para llevarme al pasado. Las imágenes ejercían sobre mí una extraña influencia, parecía todo tan cercano y tan lejano al mismo tiempo que creía estar soñando, ya que en Alsacia es imposible carecer de imaginación para vivir en cualquier lugar que no fuese el presente de este viaje.

En la ruta del vino, en medio de un océano de viñas, prosperaban docenas de floridos y típicos pueblos dominados desde las alturas por las ruinas de numerosos castillos. Se hallaban separados unos de otros por distancias similares, siempre cortas, y para llegar hasta ellos era necesario tomar caminos secundarios, que a menudo discurrían por el medio de densos viñedos durante pocos kilómetros. Al final de la ruta siempre era recibido por un arco iris de colores y tejados inclinados, ventanas abuhardilladas y las jardineras de las ventanas rebosantes de geranios típicos de Alsacia.



Me cuesta explicar la pasión que siento por esta forma de vida, poner por escrito eso que los demás a menudo no logran ver o sentir. Los detalles, los contornos, los matices, los olores, la luz alrededor de las cosas. La atracción por la total libertad de aquellos días. El silencio de las noches en pueblos, sin

contaminación lumínica, admirando el fantástico cielo estrellado. O las noches, cuando aparecía la luna llena, iluminando el paisaje de viñedos con una claridad azulada. He intentado describirlo lo mejor que he podido, si no ha sido así, ahí están las imágenes. La fotografía es un lenguaje que remplaza a las pobres palabras y cuyo contenido en imágenes, saciara de sueños al lector para mucho tiempo. Yo, mientras lo escribía, una extraña y agradable nostalgia se adueñaba de mí.



Viaje realizado en las últimas semanas del verano 2019

1 –La carretera de la cresta de los Vosgos recorriendo: lac blanc y noire, las montañas de: Gazon du Faing, Hohneck, Le Markestein, Le Grand Ballon. Las heridas de la guerra en Vieil Armand. En “Le Massif du Ballon D’Alsace”: Masevaux, la vallée de la Doller y la cumbre Ballon D’Alsace. Visitando Thann, la puerta sur de los viñedos de Alsacia.

LOS VOSGOS RUTA DE LAS CRESTAS



El Rin baja desde las alturas alpinas creando una planicie sobre la que se eleva la cordillera de los Vosgos. Es un sistema montañoso que baja en una suave pendiente de poco más de 200 kilómetros de largo y unos 50 de ancho. Las laderas occidentales son pendientes suaves, mientras que las laderas orientales caen de manera abrupta hacia la llanura de Alsacia, plena de viñedos, que baja suavemente para encontrarse con el Rin. Su paisaje habita por claros herbosos, suaves montañas, bosques de pinos, abetos, hayas y robles. Durante siglos esta zona permaneció en disputa, siendo las más conocidas: La guerra de los 30 años, la franco-prusiana, la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial. Hechos históricos que dejaron sus huellas en antiguos castillos perdidos en las montañas, trincheras y bunkers o sistemas defensivos como la línea Maginot. Sucesos que, siendo dramáticos, no desvirtuaron el paisaje rural de pueblecitos con casas de entramado de madera y rodeado de un paraje natural, humano y encantador.



Desde el puerto de Bonhomme la carretera de las crestas de 80 km, trazado por los franceses en la guerra del 14, es un itinerario de grandes espacios, bosques, puertos, montañas, lagos y prados que se suceden a 1000 metros de altura, ofreciendo amplios e inolvidables paisajes.

Las cumbres redondeadas, conocidas como “balones o Ballons”, surgen a muy poco desnivel de la carretera, lo que permite una fácil y rápida ascensión. Mucha gente, de todas las edades, recorría estos lugares idílicos y perfectos para travesías con sus senderos balizados. Desde la ruta del vino suben amplios valles a esta cresta, algunos surcados por carreteras. Autobuses públicos parten de conocidos pueblos y en su itinerario tienen paradas a lo largo de esta cresta, lo que permite hacer encantadoras y fáciles travesías a lo largo de toda la ruta. A la noche, sin contaminación lumínica, el cielo era un sinfín de joyas brillantes engarzadas en un lienzo negro.



LAC BLANC Y LAC NOIRE



Recorría carreteras secundarias que se encaramaban hacia las montañas, a ambos lados de la ruta se extendían campos verdes interrumpidos por bosquecillos de árboles más oscuros.

Estacioné en un parquin, que daba al gran lago, y sobre cuya superficie centelleaba el sol. Era mediodía y el sol de la primavera abrazaba sin piedad desde el cielo, el aire traía el perfume de las flores de verano y los insectos revoloteaban. Me acompañaba el murmullo de los visitantes, más y más numerosos a orillas del lago, en cuyas aguas espejeaban los reflejos metálicos del cielo. Otros permanecían en la terraza de un hostel, al otro lado de la carretera. Un promontorio rocoso, con pinos y forma de castillo inexpugnable, se elevaba sobre el lago, su nombre “Château Hans”. Emprendí una ruta que me llevaría del Lac Blanc al Lac Noire.





La senda serpenteante ascendía a través de un paraje escarpado, por un camino de tierra rodeado de pinos y al borde del precipicio. Me detuve en el “Château de Hans” a contemplar el bosque y el lago, que centelleaban bajo abundante sol, y disfrutaba del sopor de esa atmosfera relajada que olía a tierra y resina de pino. El sendero me llevaba al Lac Noire pasando por la “Rocher Observatoire de Belmont”. Tenía el nombre de un centinela de la primera guerra mundial, que había muerto aquí. La guía Michelin que acarreaba, muy antigua, me indicaba que había un soberbio panorama desde este lugar, pero los pinos habían crecido mucho desde su publicación y la vista prometida aparecía plena de foresta que ocultaban la visión. Ladera abajo, entre las ramas de pinos y hayas, se entreveía el lago Noire. Caminar, gozar del aire libre y del paisaje me dan una paz que solo experimento en estas ocasiones, cuando de verdad soy libre. El Lac Noire descargaba sus aguas en el remanso de una presa de piedra.

Puesto que ya caía el crepúsculo me aproximé al “Col del Bonhomme” a pasar la noche. Con la puesta de sol observaba el panorama de la luz amarillenta del ocaso, que formaba una especie de aura alrededor del perfil de las montañas. Había estado viajando y caminando todo el día, me sentía muy cansado.



GAZON DU FAING



Me despertó la deslumbrante luz del amanecer, más abajo el alba intentaba forzar los límites del horizonte para invadir los valles. Desde el “Col de Bonhomme” la carretera serpenteaba, ascendía y descendía suavemente por entre las ondulantes colinas y el sol vespertino del verano doraba el delicado paisaje de montañas y cerros. El cielo, por encima, estaba despejado y era de un tono de azul tan lustroso que dolía la vista.

Al lado, en un parquin junto un edificio, aparecía la señal que me llevaría a esta montaña de 1.303 metros de altura. La senda, perfectamente señalizada como ruta circular, ascendía a través de un paraje suave y solitario.





Durante el trayecto, por aquel terreno de suaves colinas silvestres, me aproximé a un acantilado y durante unos instantes me quedé contemplando el precipicio y los picos de la lejanía bajo la luz brillante del sol. Continuando por el borde de la quebrada llegué al “Pic Gazon du Faing”, había una tabla panorámica y desde su mirador se dominaba todo el valle.

Aunque la distancia teñía de azul sus laderas boscosas, el aire estaba tan diáfano que la línea de cimas se recortaba nítida. Eran impresionantes las vistas del lago “des Truites” y las laderas cubiertas de bosques eran magníficas.

El retorno me llevó por un sendero distinto del que había seguido para subir a la cima. Todo el circuito me llevó menos de 45mn.





HOHNECK



La carretera seguía el constante telón de fondo de las montañas cubiertas de prados verdes, los bosques estaban siempre a la vista, y su altura se mantenía sobre los 1000 metros. Al llegar al “Col de la Schlucht” el encanto desapareció, estaba en obras y la maquinaria, el ruido y el polvo inundaban el lugar. Este Col es una vía de comunicación importante en el centro de la cordillera montañosa y en invierno es muy popular por la estación de deportes.

A 4 km la montaña de “Hohneck” aparecía erigida sobre una cresta, en la línea de cordillera que seguía la carretera, y se podía acceder por una estrecha carretera muy empinada y llena de curvas. Estacioné en el parquin de la carretera y continué la ascensión a pie por una senda entre prados de frondoso césped.





El premio, una vez llegado a la cima, era la visión de un valle con un lago, el “Fischboedle”, rodeado de cumbres boscosas y la panorámica de las montañas del alrededor era sobrecogedora. El aire se tornó más limpio y la brisa mitigaba la estela del verano, mi mente se llenaba de verde y se podía percibir el hálito sutil e inmaterial de la respiración de la tierra. Recuerdo como me gustaba el perfume cálido que exhalaban los ramajes de los senderos.

El Hohneck es una de las cumbres más elevadas con una altitud de 1.362 metros y como punto culminante de la cresta, antes de la guerra del 14, era la frontera Franco Alemana. Por lo celebre de su cumbre había muchísimas personas haciendo rutas de senderismo, unos subían desde el valle de Munster y otros venían recorriendo la cresta a pie. En la carretera, ahí donde había estacionado la autocaravana, se hallaba una de las paradas de los autobuses públicos que recorren la carretera de la cresta.





En la cima, rodeada de suaves prados verdes, había un parquin para los que habían subido en vehículo y un gran edificio, restaurante, terraza, suvenires y puede que hotel. Una tabla panorámica informaba de la localización de cumbres de la cresta, del horizonte, los valles y pueblos de Alsacia. Realizando una pequeña travesía recorrí parte de la cresta que rodeaba esta montaña y descubría, con curiosidad, las balizas de las señalizaciones de las rutas. Tan diferentes a lo que estoy acostumbrado.









LE MARKESTEIN



El paisaje desfilaba montañoso en los contrafuertes de la cresta. A mi izquierda se levantaba la frondosa ladera y a la derecha, tras unas líneas de árboles, se divisaba el lago de “Blanchemer” en el valle de “Lauch” y luego, por momentos, la carretera recorría la misma cordal de la cresta donde la vista se extendía a ambos lados. Durante kilómetros el paisaje parecía desierto y deshabitado, salvo por granjas antiquísimas que rodeadas por prados verdes oscuro se entreveían medio ocultas por los bosques.

Una pequeña colina se levantaba al lado de la carretera. Le Markestein se hallaba al lado de lo que parecía una estación de deportes, y es un lugar señalado por las webs de áreas como un lugar de pernocta. Subí por sus despejados campos hasta lo más alto para admirar el paisaje, desde este lugar contemplé la montaña del “Grand Ballon”. Siguiendo etapa de mi ruta.







GRAND BALLON



El estacionamiento del lugar también era adecuado para la pernocta y había numerosas AC. Saliendo del parquin aparecía, detrás de un hotel, un sendero balizado y con avisos de prohibido salirse del mismo, muy característico de la montaña francesa, para la conservación de la maleza en los parques naturales y evitar la creación de numerosos senderos que conduzcan al mismo lugar. Dejando atrás los edificios del complejo hotelero, el sendero empezó a empinarse e internarse entre prados cubiertos de sotos y plantas.

Olía a verano, la tarde era hermosa, y respiraba a pleno pulmón el aire cargado de perfumes de naturaleza mientras sentía el beso del sol sobre la nuca, el sudor bajándose lentamente en pequeñas gotas por la frente, el cansancio vigorizándose los músculos. El desnivel era poco y el ascenso poco más de 15 minutos, pero llevaba todo el día recorriendo parajes y hacía calor.





Gracias a la panorámica abierta, que me brindaba la cuesta, pude ver lo que se extendía más allá. En el horizonte, recortándose por delante de las lejanas siluetas de las montañas, los pinos sobre las colinas onduladas mostraban un verde brillante.

La cima estaba ocupada por una gran bola que ocultaba lo que parecía un radar. Me hacía gracia el nombre de la montaña de “Grand Ballon” y la casualidad de encontrarme con un gran balón blanco. La parte inferior de esta bola cuenta con una terraza panorámica y una maravillosa vista de todo el entorno. Las imágenes más lejanas aparecían difuminadas por un resplandor vaporoso. Esta montaña es el punto culminante de los Vosgos y de toda Alsacia.

Desde allí el camino bajaba por la ladera hasta el pie de un gran monumento, homenaje a los “Diablos Bleus”, una compañía de soldados que se distinguieron en la Gran Guerra.







VIEIL ARMAND



La carretera continuaba por el perfil de la cresta y estacioné un momento para contemplar, por última vez, el bello panorama del “Gran Ballon” aflorando bajo un enorme cielo azul. Era apasionante su imagen y los bonitos lienzos de la “Route des Crestes”, que aún hoy pintan sobre mi recuerdo.

Empecé a descender fuertemente y a medida que bajaba, abandonando la cresta, iba dejando a mi espalda grandes extensiones de frondosos bosques. Estacioné en el parquin de “Vieil Armand”, en la misma carretera y al lado del centro de interpretación de la batalla.





Al lado aparecía un gran memorial y el campo sembrado de tumbas. Pasado este osario comenzaban los circuitos señalizados para la visita, de lo que se llamó “la montaña de la muerte” o “el devorador de hombres”. Llegué a una gran extensión encaramada en un promontorio y atravesada por numerosos vestigios de las batallas, trincheras, fortalezas de hormigón y antiguos refugios. En la parte superior, donde había una gran cruz, señalaba el límite de ambos contendientes. Solo unos 20 metros separaban las vanguardias de ambos contendientes. Crucé de las trincheras francesas a las alemanas sin ser consciente del cambio. Solo leyendo los letreros, repartidos por el campo, supe que me hallaba en la antigua zona de combate alemana.

A través de los árboles caían deslumbrantes rayos de sol y las hojas, con sus numerosas puntas, dibujaban extravagantes patrones sobre las construcciones con una luz ocre. Todo esto tenía cierta pátina de misterio teñida de una extraña melancolía, como si arrastrara con ella las vidas de las miles de personas que habían muerto en este lugar.





Cruzando los campos de combate, entre trincheras y construcciones, el camino se abrió y por fin se extendió ante mis ojos la gran planicie. Una cruz blanca instalada sobre un bunker alemán, tallado en el interior de la roca, servía de punto de observación. No había nada que entorpeciera la vista de aquella inmensa tela verde que se perdía en el horizonte y que se dejaba masajear por los últimos rayos de sol.

Más allá de las colinas de los Vosgos y sus bosques se extendía una depresión que se derramaba por el horizonte, conformando la llamada “ruta del vino” y permitía contemplar desde las alturas aquel mar de viñas de abigarrados tonos verdosos punteados por decenas de pueblos que se extendían varios kilómetros, hasta difuminarse en la distancia.





La lucha principal se desarrolló a lo largo de 1915 causando la muerte de 20.000 soldados, la mayoría franceses. En la cumbre, trasformada en formidable fortaleza, se suceden ataques y contraataques, cambiando de manos ocho veces en el espacio de un año. Después el frente se estabilizó y dio lugar a duelos de artillería, sobre este promontorio de 956 metros de altura, hasta el final de la guerra.

De todos los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial en Francia, le Vieil Armand o Hartmanns-Willerkopf, es uno de los pocos ubicado en una montaña. En este campo de batalla, devastado por proyectiles, gas y lanzallamas, murieron más de 30.000 soldados de ambos bandos.













El día era cálido y el sol declinaba por el Oeste, al Este se contemplaba un increíble panorama de la llanura alsaciana con la cadena de los Vosgos, el bosque negro y los Alpes a los lejos. Me encontraba rodeado de monumentos conmemorativos a regimientos militares y de construcciones alemanas. Los caminos de la batalla se hallaban señalizados y regresé por otro diferente hasta el memorial. Las sombras invadían la carretera y bajando un fuerte desnivel llegué a la población de Thann para pasar la noche.



Recorriendo “le Massif du Ballon D’Alsace”

MASEVAUX y la Vallée de la Doller



Llegué a Thann con el atardecer. Hay un Área en un gran parquin de un centro comercial y un estacionamiento, reservado para autocaravanas, al lado del casco antiguo. Elegí este último, estaba inclinado, pero se hallaba al lado del río y escuchaba el ruido del agua deslizándose sobre su lecho de piedras. Era agradable.

Paseando por la población, la noche había caído y en la calle ya solo resonaban algunas voces, las farolas se encendieron, me sentía cansado y regresé a la autocaravana a pasar la noche. La visita a Thann la reservaría al regreso de mi siguiente etapa.





Era una mañana soleada y veraniega, lo cual prometía un viaje agradable por nuevas rutas de montaña. Abandonando Thann y los municipios próximos, desafié una carretera que se encaramaba por colinas donde las ramas de los árboles parecían acariciar el vehículo. Pasado un puerto la ruta seguía el perfil de la montaña y a medida que iba bajando aparecían el panorama de valles y bosques, se veían pequeñas granjas y atravesaba discretas poblaciones que me llevaron a Masevaux.

Masevaux me parecía una pequeña población muy acogedora y tranquila que conservaba bonitas plazas, callejuelas y calles comerciales peatonales. Caminaba por calles soleadas, cálidas y desiertas, todo el conjunto era muy florido. El Río Doller la atravesaba, creando bucólicas imágenes, y algún nombre pomposo a rincones como el de “pequeña Venecia”.









La carretera continuaba siguiendo la “vallée de la Doller”, sin perder de vista el río, entre una exuberante y conservada naturaleza que combinaba amplios espacios abiertos de prados y granjas, con profundos bosques al fondo. Algunos pequeños municipios agrarios salían a mi paso. La “Doller” se colaba por entre las altas pendientes, ocupadas por bosques de pinos, y enseguida apareció el “Lac de Sewen”.

El lago, con su claro estilo de montaña, aparecía rodeado en cuadro pintoresco de altos bosques que subían agarrándose a las pronunciadas pendientes de la ladera. Plantas de estilo alpino y nórdico cubrían sus orillas.



BALLON D'ALSACE



La carretera, después de remontar las últimas rampas, llegaba a planicies rodeadas de amplios prados de pastos para ganado. Aparecían algunas granjas y principalmente alberges y hoteles destinados para las actividades de montaña, tanto de verano como invierno. Pasado el “Col du Ballon” arribé cerca de un conjunto de edificios y párquines. Había un área de Autocaravanas, al lado de una granja-restaurant, y desde este lugar comenzaba una fácil y corta ascensión a la cima de 1.250 metros de altura.





El sendero subía entre praderas hasta llegar a una estatua de Juana de Arco, la dama de Lorena, me hallaba en la frontera de Alsacia con esta región. A partir de aquí se abría un impresionante paisaje. La vista de los valles era fantástica, el sol de la tarde arrojaba sus rayos de luz por entre los arboles de las laderas de las montañas, creando un tapiz de verdes punteado por parches pardos.

Montañeros, en su mayoría muy mayores, recorrían estos lugares. También había una zona de despegue de parapentes. Siguiendo el sendero circular llegué a la estatua de una virgen. Antes del retorno de Alsacia a Francia, después de la gran guerra, esta estatua marcaba la frontera con Alemania.







Recorriendo el Viñedo alsaciano

THANN



Desde el parquin, reservado a las AC, me acerqué al puente sobre el río Thur donde me dejé adormilar por el sonido del agua, hechizante y omnipresente. La “Tour des Socières”, con su techo en forma de bulbo, aparecía en una panorámica pintoresca como único vestigio de las desaparecidas fortificaciones. Una cálida brisa acariciaba mi rostro y la atmosfera estaba impregnada de la fragancia terrosa y húmeda de la hierba. Era un lujo estar estacionado al lado de este lugar.

Entré en la ciudad por una calle bulliciosa, más concurrida que cualquier otra, para desembocar en la ciudad vieja y enseguida apareció la imagen de la Colegiata St-Thiérbault. Una construcción ostentosa con una exuberante fachada donde el pórtico, que encuadraba la pequeña plaza, relucía iluminado por la luz del sol de la tarde.







La fachada occidental está adornada con un enorme portal de tres tímpanos, llenos de imágenes que retratan 150 escenas de la vida de la virgen, la natividad y los reyes magos. Esta colegiata es un espléndido edificio gótico levantado a lo largo de más de dos siglos. La mayor parte de la obra, donde se mezclan los estilos gótico y flamígero en el portal, se hizo entre el s.14 y el 15. La flecha que remata la torre alcanza los 78 metros de altura y se ve desde larga distancia, constituyendo un símbolo inconfundible de Thann. Las gárgolas, las quimeras y los coloridos azulejos vidriados de los tejados se suman a la majestuosidad del edificio.

Enfrente del pórtico se hallaba la oficina de turismo y después, con un plano de la ciudad, eché a andar por las callejas del casco antiguo para adentrarme en callejones estrechos que formaban una serie de casas del s.16, con mucho encanto. Plazas, fuentes y unos pocos restos de sus fortificaciones de los s.14 y 15. Cruzando el río Thur, que abastecía de bellas imágenes, me adentré entre pequeños barrios tranquilos y silenciosos con casas muy cuidadas y bellamente engalanadas. Este paseo me condujo a los viñedos de Thann.

















Thann, se define a sí misma, como la puerta de la ruta del vino de Alsacia. La montaña “Rangen” está orientada al sur y por sus empinadas laderas la luz solar es máxima, la lluvia frecuente y la presencia del río Thur aseguran el equilibrio necesario entre el sol y el agua. Es un viejo viñedo en el que los pueblos antiguos cultivaron durante varios siglos cuidadosamente esta colina, sus vides se citan en textos de la edad media.

El camino está cuidadosamente balizado, con paneles informativos que narran la historia de los viñedos, sus artes y oficios así como sus características por la tierra y las clases de vides. Prácticamente me invitaban a probar sus frutos.





El horizonte de los viñedos era insólitamente tranquilo y las parras, que se desplegaban sobre las laderas sostenidas por horquillas de madera, se veían cargadas de pesados racimos de jugosas uvas.

El camino subía suavemente, entre una mezcla exacta de perfume y tierra caliente, y con pequeñas curvas me aproximé a una capilla. Gracias a la panorámica abierta que me brindaba la pendiente, la vista se extendía, bajo nubes esponjosas y lejanas colinas, sobre los tejados de la ciudad y hacia las cumbres del macizo del “Ballon D’Alsace”. La visita a Thann la realicé entre una tarde y la mañana del día siguiente, con el Sol del Oeste un día y del Este al siguiente.

